

Plegaria

Paloma del Señor; lirio del cielo
Del infeliz consuelo;
Perfume de la flor; suave armonía,
¿Qué decirte podré? mi lira calla
I en su pobreza no halla
Nota digna de ti, Virgen María!

¡Quién olvida tu nombre, si lo ha oído
Dulcemente vertido
Por los labios purísimos de aquella
Mujer que con sonrisas y embelesos
I lágrimas y besos
Nos adormió en la edad más pura y bella!

¡Quién si la ve sumida en la tristeza,
Que de rodillas reza
Implorando tu ayuda, Virgen pia
No exclamará postrándose a tu lado:
Perdón si le he olvidado,
Yo la adoro también, oh; madre mía!

Cuando los niños en celeste coro
Cantan himno sonoro
Implorando tu gracia bienhechora,
Desciendes en un rayo de la luna
I besas una a una
Esas mejillas de color de aurora.

Para ti las humildes aldeanas,
Cual las flores lozanas
Como ellas inocentes y sencillas,
Recojen por los prados y jardines
Claveles y jazmines
Con que bordan tu manto de rodillas.

Al retornar en el lujoso estío
A su pobre bohío
Cargado el labrador de haces de espigas,
La espera su mujer en el ribazo
I al llegar un abrazo
Le da en premio feliz de sus fatigas.

I elevando los ojos a la altura,
Una oración murmura,
Al tiempo que en la torre de la aldea
Sonando misteriosa la campana
Con majestad cristiana,
Turba la inmensidad que le rodea.

Se oye entonces el rumor de una plegaria
Que sube solitaria
A la región eterna donde moras,
I al ver que brotan en el cielo estrellas,
Alguien pensara que ellas
Son las lágrimas tuyas: mas no lloras!

¡Quién en la rubia edad de la inocencia,
Cuando es nuestra existencia
Una hermosa ilusión con alas de oro,

tocando a la puerta de la casa y a la
de la tienda anexa a ella los hués-
pedes que venían de correr la tuna,
y otros parroquianos que la estaban
corriendo.

A eso de las siete de la tercera no-
che que pasamos en aquel lugar,
por sobre todo el alboroto habitual,
se hicieron sentir las voces y las
pisadas de las cabalgaduras de unos
viandantes que llegaban a hospedar-
se en aquel pandemonium. Entrá-
ronse atropelladamente al patio a-
travesando a caballo la sala de la
casa y repartiendo saludos con gro-
sera familiaridad.

Continuara

No ha ofrecido a la Virgen hechicera
Una vela de cera
Ansiando le despara algún tesoro?

Cuando se apresta a recorrer el mundo
Aquel monstruo iracundo
Que levanta o rebate las naciones,
Entonces van las gentes a la ermita
Tu protección bendita
Implorando con tiernas oraciones.

¡Paloma del Señor; dulce consuelo!
Pídele al Dios del cielo
Que tenga compasión del desgraciado;
Que disipe las sombras del camino
Por do el pueblo sin tino
Pobre y en el error busca el pecado.

Compasión del que cruza el mar rugiente;
Del huérfano inocente;
De tanta miserable Magdalena
Que aguarda para ser regenerada
La luz de tu mirada,
Que suave los espíritus serena!

¡Compasión del que corre tras la gloria
I alcanza por victoria,
Nieve en el corazón y en la cabeza!
¡Misericordia para el vulgo necio
Que da al sabio desprecio
I arroja todo vil a la grandeza!

Para el pobre poeta que medita
I siente la infinita
Lucha del indomable pensamiento,
I vence en los escombros de la idea,
I levantando la tea
Del progreso moral y el sentimiento.

MAXIMILIANO GRILLO

AHORRAR ES MERECEER

Dato estadístico semanal

Mercado de Villavicencio

Papas carga	\$ 6,50
Arroz "	20,00
Maíz "	6,00
Plátano "	1,50
Café "	17,50
Miel "	5,00
Paneta blanca, carga	10,00
id morena "	8,00
Caucho libra	"
Cueros libra	0,22
Cacao, arroba	7,50
Manteca arroba	5,00

Tarifa

y condiciones para las inserciones en "Eco de Oriente".

Remitidos, columna	\$ 4,00
Reclamos y sueltos, palabra	0,02
Anuncios en letra de texto, palabra	0,02
En otro tipo, a razón de parta de columna.	"

No se hará publicación alguna mientras no se consigne su valor.

Contratado un aviso por número determinado de veces no se devolverá suma alguna aun cuando se ordene la suspensión.

Las rectificaciones son de cargo de quien las suscite.

No se devuelven originales.

Los dramas de la aviación

Con frecuencia suelen verse en los comunicados franceses la siguiente frase: "Uno de nuestros globos-salchichas ha sido derribado por un aeroplano enemigo; el observador se ha arrojado desde lo alto de su aerostato incendiado".

Nadie se imagina, a través de esta fórmula impresa, el heroísmo de semejante descenso en paracaídas, desde un globo ardiendo, a merced de un disco de seda que puede no abrirse, de un aparato de suspensión, cuyas costuras pueden ceder, de una ametralladora alemana que apunta demasiado bien.

Hé aquí, tal como se refiere en una sencilla carta publicada por "Le Matin," uno de esos momentos dramáticos. Se trata de un observador que con su aerostato, una mañana de diciembre se remonta a los cielos. Para dirigir el tiro de artillería, sube hasta 4.400 metros, y con sus lentes escudriña el horizonte. Apenas pasaron cinco minutos—empieza su relato el observador—cuando oigo el zumbido de un motor en el viento. Tengo justo el tiempo de identificar con los lentes que es un pequeño biplano Focke, pues ya estaba encima de mi globo. En semejante posición, inútil pensar en disparar mi carabina; sólo me resta sentarme a bordo de la barquilla y sacar las piernas afuera, a punto de saltar... El zumbido es más intenso, la ametralladora cruje, las balas silban en chorro blanco. Varias de ellas, bien dirigidas, llegan al globo; ya no hay que vacilar; hay que arrojarse. A parte de un golpe con las manos, la barquilla, y ya estoy cayendo, ya estoy en el habitual instante penosísimo del que desciende por el vacío, con el estómago oprimido sin poder gritar y la garganta sin poder respirar... Debi de perder el conocimiento, pues no tengo recuerdo alguno de haber visto que se abriese el paracaídas.

Luego vino la tranquilidad y el reposo absolutos. Por encima de mí el vacío, por debajo, el vacío también, pues la cuerda no me dejaba ver la flor de seda blanca que se extiende quince metros más arriba. Maquinalmente, como un gato que se revuelve para caer sobre sus patas, agito brazos y piernas, buscando un fútil punto de apoyo. Entretanto, el alemán había errado por dos veces mi globo. Hace un "virage" para volver, y comienza sus disparos en mi dirección. Sensación inverosímil la de ser así un blanco sin defensa ni abrigo. Finalmente, una llamarada sale del globo, que empieza a bajar lentamente, primero y luego con rapidez, como una grande hoguera roja coronada de negrísima humareda. Pasa por mi altura con un gran ruido de telas crujientes y de cauchos que arden; maquinalmente la fotografía, y luego sigo en el cielo, suspendido como un maniquí, por fin, el suelo se acerca, sube con inaudita rapidez; apenas por un segundo veo a los hombres correr.